

ISSN: 1139-0107

ISSN-E: 2254-6367

---

---

# MEMORIA Y CIVILIZACIÓN

ANUARIO DE HISTORIA

---

19/2016

---

REVISTA DEL DEPARTAMENTO DE HISTORIA,  
HISTORIA DEL ARTE Y GEOGRAFÍA  
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS  
UNIVERSIDAD DE NAVARRA

**Laura Oliván Santaliestra**

*Amazonas del secreto en la embajada madrileña del Graf von Pötting  
(1663-1674)*

*Amazons of Secrets at the Graf von Pötting Embassy in Madrid  
(1663-1674)*

pp. 221-254

DOI: 10.15581/001.19.221-254



Universidad  
de Navarra

---



# Amazonas del secreto en la embajada madrileña del *Graf von Pötting* (1663-1674)\*

*Amazons of Secrets at the Graf von Pötting Embassy in Madrid (1663-1674)*

LAURA OLIVÁN SANTALIESTRA

Institut für Geschichte, Universität Wien  
[lauraoliván@ugr.es](mailto:lauraoliván@ugr.es)

RECIBIDO: OCTUBRE DE 2016

ACEPTADO: NOVIEMBRE DE 2016

**Resumen:** El siguiente artículo está dedicado al estudio de los agentes del secreto del embajador del Sacro Imperio Romano Germánico en la corte de Madrid, Francisco Eusebio de Pötting, en los años que duró su embajada (1663-1674). El conde de Pötting adquirió y leyó dos de los manuales de embajadores más influyentes del periodo: *El embaxador*, de Juan Antonio de Vera (1620), y *Advertencias para reyes, principes y embaxadores* (1643), de Cristóbal de Benavente y Benavides. En estos dos tratados se ilustraba al embajador sobre la gente en la que podía confiar para la caza y guarda de secretos. Entre estas personas fiables señaladas por De Vera y Benavente, aparecen la propia esposa del embajador, las mujeres o los espías. El análisis micro-histórico del diario de embajada del conde de Pötting revela que el embajador supo aplicar la teoría de las citadas obras a su práctica diplomática diaria.

**Palabras clave:** Secreto. Embajadora. Dama. Espía. Siglo XVII.

**Abstract:** The article focuses on the study of the agents of secrets who served the Holy Roman Germanic Empire's Ambassador in Madrid, Francisco Eusebio of Pötting, during the years of his embassy at the Court of Madrid (1663-1674). The count of Pötting acquired and read two of the most influential manuals of ambassadors of the period: *El embaxador*, written by Juan Antonio de Vera (1620), and Cristóbal de Benavente y Benavides's *Advertencias para reyes, principes y embaxadores* (1643). In these treatises, the authors illustrated ambassadors about the persons which they could trust for the hunt and custody of secrets. Among these trustworthy people pointed out by De Vera and Benavente, are the ambassador's own wife, women and spies. The microhistorical analysis of the count of Pötting's diary reveals that the Empire's ambassador applied the theory of the cited works to his daily diplomatic practice.

**Keywords:** Secret. Ambassador. Lady-in-waiting. Spy. 17th century.

\* Por «amazonas» entiéndase «agentes»; el sentido de «amazonas» es metafórico. Este trabajo se ha realizado dentro de los siguientes proyectos de investigación: *Imperial Ambassadors between the Courts of Madrid and Vienna: Diplomacy, Sociability and Culture (1650-1700)*, financiado por las Marie Skłodowska-Curie Actions (Intra-European Fellowship, 2014-2016) y *Servidores del rey, creadores de opinión: biografías y dinámicas políticas en la monarquía española (1700-1830)* del Ministerio de Economía y Competitividad, dirigido por Teresa Nava Rodríguez. Agradezco los consejos y apreciaciones que los profesores Wolfram Aichinger y Fernando Rodríguez-Gallego han hecho a mi trabajo. Quiero también agradecer las sugerencias y consejos de las personas anónimas que han evaluado este artículo.

## 1. INTRODUCCIÓN: DOS MANUALES PARA UN EMBAJADOR

**E**n 1611, Sebastián de Covarrubias, en su *Tesoro de la lengua española*, describía así la palabra secreto: «Todo lo que está encubierto y callado. Lugar secreto donde no concurre gente. Cosa secreta que encomienda uno a otro». La tercera acepción es la que manejaban los embajadores en las cortes de la Edad Moderna. El secreto en la embajada era tema crucial, hasta el punto de que todos los autores de manuales de embajadores le dedicaron amplias páginas.

Uno de los primeros tratados en los que el secreto aparece con más fuerza es *El enbaxador*, de don Juan Antonio de Vera y Zúñiga, conde de la Roca. Publicado en la Sevilla de 1620, este manual en forma de diálogo se convirtió en todo un *bestseller* de la época<sup>1</sup>. Traducido rápidamente al francés en 1635 y al italiano en 1649, no hubo biblioteca nobiliaria que se preciara que no tuviera un ejemplar de tan valioso compendio de consejos para todo aquel noble que quisiera seguir la carrera diplomática. Gracias al «éxito editorial» de su obra *El enbaxador*<sup>2</sup>, Vera fue llamado por el conde-duque de Olivares a la corte de Madrid con el fin de instruir a futuros diplomáticos. Don Juan Antonio fue posteriormente enviado como embajador a Saboya (1625 y 1630) y Venecia (1632).

En aquella puntera obra, Vera puso en boca de su personaje Ludovico que el secreto era en la embajada «el fundamento del edificio, el timón de la nave y el freno del caballo» y, cómo no, «el alma de los negocios»<sup>3</sup>; en consecuencia, el embajador no debía fiar el secreto «a labios cuya llave no tuviera en su mano». Según un potentado romano, en la embajada era obligado callar «lo que no fuera necesario decir»<sup>4</sup>, sentencia que no implicaba que el embajador tuviera que callarse todo, pues corría el riesgo no sólo de pecar de desconfiado, sino de que la amenazadora sentencia del prudente Simónides se cumpliera, y acabara con un nauseabundo aliento provocado por «los secretos que se le habían podrido en la boca»<sup>5</sup>. Por lo tanto, el embajador debía aprender no tanto a guardar el secreto, sino a gestionarlo adecuadamente: callar las cosas dignas de

<sup>1</sup> Actualmente, la investigadora M.<sup>a</sup> Concepción Gutiérrez Redondo está realizando una tesis doctoral sobre las traducciones al italiano y al francés de la obra *El enbaxador*, de Vera.

<sup>2</sup> Pineda, 2015.

<sup>3</sup> Vera, *El enbaxador*, discurso tercero, fol. 65v.

<sup>4</sup> Vera, *El enbaxador*, discurso tercero, fol. 66r.

<sup>5</sup> Vera, *El enbaxador*, discurso tercero, fol. 69r.

ser calladas y ser liberal y fácil con las informaciones que conllevaban peligros menores a fin de ganarse los afectos de grandes ministros, que bien debían creer que se confiaba en ellos<sup>6</sup>. Corrigiendo los errores de su predecesor en la embajada de Roma (un sujeto famoso por su tacañería en materia de secretos), el duque de Sessa había logrado encontrar el equilibrio en la confesión y retención del secreto «callando con gran observancia lo que pedía el secreto en cosas grandes»<sup>7</sup> y revelando lo que sabía en cosas menores. Don Juan Antonio de Vera aclaraba que, de este particular modo, Sessa hacía creer a sus auditores que aquellas confesiones eran noticias de gran relevancia, las cuales requerían de sepulcral silencio, con lo que se granjeó la amistad política de potentados que «presumieron que se les había hecho confianza de ellos con sólo no venderles caro el secreto»<sup>8</sup>. Seguramente, la búsqueda del justo medio entre hablar y callar debía quitar el sueño a todo embajador.

Según todo lo dicho, los grandes secretos, aquellos que no se podían confesar a los magnates que habían comprado barato las confesiones del embajador, ¿debían ser guardados con particular celo? Muy al principio de su obra, el conde de la Roca explicaba que ejercer de embajador era ciertamente difícil por la soledad que comportaba el cargo y que el enviado de un príncipe no tenía otro compañero para confesarse que su alma<sup>9</sup>. No obstante, en apartados posteriores, don Juan Antonio admitía que la taciturnidad del embajador no era tan extrema y que bien podía confiar esos grandes secretos a otras almas, eso sí, siempre que éstas le fueran fieles. Muchas dudas surgen al respecto: ¿quiénes podían ser esos leales espíritus? ¿Corría el embajador el riesgo de errar al elegir a sus confidentes? Y aquellos secretos «grandes», ¿cómo los conseguía el embajador? ¿Los «cazaba» en solitario o tenía «cazadores» para tal misión?

El manual del conde de la Roca no fue el único que revolucionó la teoría diplomática en la primera mitad del siglo XVII; las *Advertencias para reyes, principes y embaxadores*, publicadas por don Cristóbal de Benavente y Benavides en 1643, también cosecharon un éxito singular. Los consejos que este experimentado embajador vertió en este texto escrito en la madurez se asemejan a los de don Juan Antonio de Vera.

<sup>6</sup> Vera, *El embaxador*, discurso tercero, fol. 69v.

<sup>7</sup> Vera, *El embaxador*, discurso tercero, fol. 70r.

<sup>8</sup> Vera, *El embaxador*, discurso tercero, fol. 70r.

<sup>9</sup> Vera, *El embaxador*, discurso primero, fol. 11v.

A estas dos obras, *El enbaxador* y *Advertencias para reyes, príncipes y embaxadores*, tuvo acceso el protagonista de este capítulo: Francisco Eusebio de Pötting, embajador del Imperio en la corte de Madrid entre los años 1663 y 1674. A lo largo de sus once años de servicios y trabajos al frente de la embajada imperial madrileña, el conde debió de leer más de una vez las sentencias de don Juan Antonio y don Cristóbal. Prueba de ello es que adquirió ambos libros en España con el fin último de regalárselos a su amo (como denominaba Pötting a Leopoldo I)<sup>10</sup>. El diálogo del conde de la Roca y el ensayo de Benavente proporcionaron a Pötting las claves del manejo inteligente del secreto. En los dos libros encontró este embajador las respuestas a las preguntas antes planteadas. Tal afirmación resulta legítima porque, entre los personajes que Pötting eligió para la «caza» y guarda de sus secretos, figuran esposas, damas y espías; todas ellas almas fieles, reseñadas en los dos manuales como potenciales «amazonas» del secreto<sup>11</sup>.

## 2. LA CONDESA DE PÖTTING

Empezaré por la figura de la cónyuge como depositaria del secreto. Don Juan Antonio de Vera y don Cristóbal de Benavente plantearon el tema de la esposa del embajador en sus tratados. ¿Debía el embajador confiar en su consorte? El conde de la Roca consideraba que ya era bastante trabajo para el embajador cuidarse de los enemigos externos como para tener que guardarse también de la persona con la que compartía su lecho. Además, el embajador podía estar tan bien casado como «Temístocles, que en medio de ser tal persona como fue, estaba pendiente del consejo de su mujer en la administración de la república»<sup>12</sup>; consideraba igualmente el conde de la Roca que el embajador podía e incluso debía usar mujeres en la penetración de secretos y más «si fuese [ésta] mujer propia»<sup>13</sup>. Quedaba claro que el autor del tratado aceptaba a la cónyuge como «amazona» del secreto.

<sup>10</sup> Nieto Nuño, 1989, pp. 30 y 84. Creo que el ejemplar de *El enbaxador* que se conserva en la Österreichische Nationalbibliothek es el que adquirió Pötting en España para el emperador; probablemente la obra pertenecía a la biblioteca del marqués de Cábrega.

<sup>11</sup> He incluido a los espías en las amazonas del secreto porque en la época la palabra *espía* era de género femenino.

<sup>12</sup> Vera, *El enbaxador*, discurso tercero, fol. 70r.

<sup>13</sup> Vera, *El enbaxador*, discurso segundo, fol. 103v.

Por su parte, Benavente aconsejaba al embajador en sus *Advertencias* que juzgara por sí mismo si tenía «mujer de capacidad tal» que le pudiera «comunicar sus cuidados y más secretos pensamientos, teniéndola por consejera o compañera en tan peligroso oficio», y concluía: «que muchas mujeres ha[bía] habido y ha[bía] muy capaces de secretos, y de prudencia varonil»<sup>14</sup>. Consecuentemente, era el mismo embajador el que tenía que decidir en su propio ámbito doméstico si su mujer estaba lo suficientemente preparada como para ejercer de guardiana y cazadora de los secretos de embajada.

El conde de Pötting debió estimar prudentemente que podía trasladar sus pesares políticos a su joven esposa Maria Sophia de Dietrichstein. Sus actos y escritos así lo confirman. En 1669, cuando ya llevaba siete años en la embajada de Madrid, el embajador imperial alabó en su diario la virtuosidad de su mujer con estas palabras: «La condesa mi querida me colgó con varias curiosidades<sup>15</sup>, pero *qué* mayor cuelga para mí, *que* su inestimable virtud; *nam mulier temens deum ipsa laudatibur* [mujer temerosa de Dios, sea alabada]»<sup>16</sup>. En la España del siglo XVII, el concepto de virtud era bastante amplio: carecer de virtud era no tener tampoco vigor, ni fuerza, y ser virtuoso significaba igualmente ser fiel<sup>17</sup>; en consecuencia, la fidelidad de la esposa de un embajador podía interpretarse como no traicionar al esposo en temas de amores, ni tampoco en materia de secretos diplomáticos.

Las páginas del diario de embajada de Pötting en las que una y otra vez aparece Maria Sophia haciendo y recibiendo visitas, demuestran que ésta se había ganado a pulso las alabanzas de su marido, repetidas en los años siguientes, como en 1673, cuando por motivo del cumpleaños de la condesa el embajador escribió: «Colgué a mi querida Condesa con diferentes cosillas de gusto; Dios me la guarde infinitos años por mi mayor consuelo en esta vida»<sup>18</sup>. Bien la podía conservar, pues era la principal guardiana de sus secretos y eso que no la había considerado como primera candidata en «ocupar su corazón» cuando en 1662, antes de iniciar su embajada, había decidido volver a casarse tras quedarse viudo de su primera esposa. Es más, en 1662, para poder acceder al puesto de emba-

<sup>14</sup> Benavente y Benavides, *Advertencias para reyes, principes y embaxadores*, p. 224.

<sup>15</sup> El verbo *colgar* se utiliza con el significado de regalar.

<sup>16</sup> Nieto Nuño, 1993, p. 65. El manuscrito del diario del conde Pötting se conserva en el Österreichisches Staatsarchiv, Haus-, Hof- und Staatsarchiv, Große Korrespondenz, 35.

<sup>17</sup> Covarrubias, *Tesoro*, s.v. «virtud».

<sup>18</sup> Nieto Nuño, 1993, p. 359.

jador ordinario en Madrid, Pötting se había visto obligado a casarse con la joven Maria Sophia. Presionado por el príncipe de Porcia y la emperatriz viuda Leonor de Mantua, el conde tuvo que dejar de lado sus planes nupciales con una mujer con la que decía tener muchas afinidades, para contraer matrimonio con la condesa de Dietrichstein<sup>19</sup>. Pötting se casó con Maria Sophia en 1662 y juntos partieron hacia Castilla.

La embajadora (pues así eran llamadas las esposas de los embajadores<sup>20</sup>) tardó un poco en adaptarse a la corte de Madrid. Aunque estaba ligada por parentesco a las familias españolas Aragón, Cardona y Velasco, Maria Sophia desconocía el castellano, lo que unido a su juventud le condujo a aislarse en los primeros meses de embajada. Así y todo, la cónyuge de Pötting pudo cumplir desde el principio con una de sus principales obligaciones como embajadora: visitar con asiduidad a la reina. Ya lo advertía don Cristóbal de Benavente y Benavides en su manual: «en algunas provincias donde el príncipe es casado, puede ser de mucha utilidad la comunicación de las mujeres [la esposa del embajador, que podía relacionarse así con la esposa del príncipe]»<sup>21</sup>. En este particular aspecto, los problemas idiomáticos de Maria Sophia no fueron un inconveniente, ya que la reina consorte de la monarquía hispánica era por aquel entonces doña Mariana de Austria, hija del emperador Fernando III, nacida en Viena y alemán-parlante.

El poder mantener una conversación con la reina consorte era ciertamente útil pero no suficiente para desempeñar con decoro la función de embajadora. Maria Sophia necesitaba también relacionarse con otras nobles, esposas de ministros, o damas de palacio. En Madrid pocas mujeres conocían la lengua tudesca. La condesa de Pötting se vio por tanto abocada a aprender el idioma. Para esta tarea tuvo la ayuda de su prima Andrea de Velasco y de la marquesa de Mortara. Maria Sophia se «doctoró» en el arte de visitar y ser visitada con las dos mujeres nombradas; y, evidentemente, no había visita que pudiera tenerse por tal en la que no hubiera conversación. Aunque no sólo conversando con la Velasco y la Mortara se inició la condesa de Pötting en el español; de igual modo le ayudó en su tarea de aprender la lengua castellana el asistir a comedias o

<sup>19</sup> Archivo General de Simancas, Estado, leg. 2374. Agradezco mucho a Rocío Martínez López el haberme proporcionado esta referencia.

<sup>20</sup> Moser, *L'ambassadrice et ses droits*, p. 8. Esta acepción se recoge también en el Diccionario de Autoridades, y figuró en el *Diccionario de la Real Academia Española* hasta 1992 (agradezco a Fernando Rodríguez-Gallego esta información).

<sup>21</sup> Benavente y Benavides, *Advertencias para reyes, principes y embaxadores*, p. 230.



estudiar en sus ratos de asueto la gramática de Juan Ángel de Zumarán<sup>22</sup>, obra que —luego de cumplir su función— regaló a la infanta Margarita<sup>23</sup> para que ésta recorriera el camino contrario: aprender la lengua germánica partiendo del español.

En junio de 1664, año y medio después de su llegada a Madrid, la condesa de Pötting ya sabía el castellano. Lingüísticamente equipada, Maria Sophia comenzó a trabajar junto a su marido en la embajada. Ambos actuaron conjuntamente como una verdadera *Arbeitspaar*<sup>24</sup> (pareja de trabajo). El matrimonio Pötting siguió una estrategia diplomática conjunta que se percibe al analizar detalladamente las cartas de Leopoldo I al embajador y el diario de éste último; el cruce de sendas documentaciones revela el modo de actuar que tenían los Pötting en la embajada de Madrid: por ejemplo, cuando el conde de Pötting recibía una orden, tanto él como su mujer ponían en marcha su estrategia de *Arbeitspaar*: él hacía una visita, ella hacía otra; juntos visitaban a otro matrimonio influyente o, en ocasiones, era Maria Sophia (sobre todo durante la regencia de la reina doña Mariana de Austria) la que iba a ver a la reina a palacio mientras Pötting se quedaba en casa contestando correspondencia o recibiendo la visita de uno de los tres nobles más citados en el diario: el marqués de Mortara (consejero de Estado hasta 1668, cuando fue nombrado gobernador de Milán), el duque de Medina de las Torres (consejero de Estado en los años 1664-1668, fecha de su muerte) o el III marqués de Castelrodrigo, don Francisco de Moura y Corterreal (a partir de 1669, cuando se instaló en Madrid después de servir en Flandes); o bien de otros personajes menos linajudos que pululaban por la corte. Maria Sophia conocía muy bien a los tres magnates primeramente citados, así como a las esposas de los dos primeros: a doña Isabel Manrique de Lara, esposa de don Francisco de Orozco y Ribera, II marqués de Mortara; y a doña Catalina Vélez Ladrón de Guevara, IX condesa de Oñate, mujer de don Ramiro Núñez de Guzmán, III duque de Medina de las Torres.

Si la marquesa de Mortara, doña Isabel, había ayudado a Maria Sophia a integrarse en la corte en su primer año en Madrid, doña Catalina,

<sup>22</sup> Nieto Nuño, 1993, p. 167. Zumarán, *Grammatica y pronunciaci3n Alemana y Espa3ola*, Ver Mart3nez Gonz3lez, 2008, y Messner, 2000.

<sup>23</sup> Pribram y Landwehr von Pragenau, 1904, p. 200.

<sup>24</sup> Wunder, 1992, pp. 46-47. Agradezco a Katrin Keller la referencia de la obra de Wunder para mi proyecto Marie Sklodowska-Curie que inici3 en el a3o 2014 y prepar3 en el 2013. Actualmente, Lars-Dieter Leisner est3 realizando una tesis doctoral titulada: *Das Ehepaar als Arbeitspaar in der fr3hneuzeitlichen Diplomatie. Geschlechterrollen zwischen Hofgesellschaft und Staatsgesch3ften*.

la duquesa de Medina de las Torres, fue la primera mujer que la invitó a un acto social: ver los autos del Corpus en su casa junto a la nobleza madrileña el 14 de junio de 1664. El conde de Pötting excusó la invitación (recibida del duque) pero no así Maria Sophia, que acudió gustosa a la fiesta<sup>25</sup>. El duque de Medina de las Torres era por aquel entonces caballero mayor de Felipe IV y correo mayor del reino (puesto obtenido gracias a su matrimonio con doña Catalina Vélez de Guevara<sup>26</sup>). Don Ramiro era además muy querido por el rey Felipe IV, de ahí que muchos lo tuvieran por su valido. Gozaba también del aprecio del emperador y era tenido por buen deudo de la política imperial, por lo que había sido elegido para negociar la formación de la Casa de la infanta Margarita en su viaje al Imperio para casarse con Leopoldo I. Así mismo, tres días antes de que la condesa de Pötting hubiera sido invitada a la casa de los Medina, don Ramiro, el anfitrión, había recibido al nuevo embajador de Inglaterra y su mujer: sir Richard y Anne Fanshawe<sup>27</sup>.

El embajador inglés tuvo su primera audiencia con el rey el día 18 de junio. El cometido oficial de sir Richard era negociar un tratado de comercio anglo-hispano; el extraoficial y secreto era sin embargo un asunto que resultaba algo más controvertido: mediar entre Portugal y la monarquía hispánica para poner fin al conflicto bélico que ambas potencias mantenían. Evidentemente, Fanshawe estaba muy interesado en mantener buenas relaciones con don Ramiro, ministro que podía ayudarle a cumplir su misión por sus inclinaciones anglófilas y su cercanía a Felipe IV<sup>28</sup>, aunque también era consciente de que sólo con el duque de Medina de las Torres no conseguiría sus objetivos. En este sentido, el embajador del Imperio en Madrid, el conde de Pötting, podía ser un buen aliado, pues también estaba interesado en que la monarquía hispánica firmara las paces con la Lusitania: Leopoldo I quería que Felipe IV terminara la guerra con Portugal porque de este modo podría enviar más tropas a la frontera oriental del Imperio, donde acampaban los turcos.

Los Pötting ya habían mandado cumplimentar al embajador y a la embajadora de Inglaterra el día 11 de ese mes de junio de 1664<sup>29</sup>. A los pocos días, el conde de Pötting dio la bienvenida a sir Richard. Tras estas

<sup>25</sup> Nieto Nuño, 1990, p. 39.

<sup>26</sup> Viceconte, 2013, p. 114.

<sup>27</sup> Oliván Santaliestra, 2015, p. 72.

<sup>28</sup> Oliván Santaliestra, 2015, p. 73.

<sup>29</sup> Nieto Nuño, 1990, p. 38.

obligadas cortesías, Fanshawe visitó al conde de Pötting el día 26 «antes de comer»<sup>30</sup>. La condesa de Pötting quiso por su parte visitar a la embajadora de Inglaterra pero ésta se excusó por no estar su casa en condiciones de recibir visitas<sup>31</sup>. No fue hasta el mes de noviembre cuando finalmente Anne Fanshawe y la embajadora del Imperio se conocieron personalmente. Pötting había recibido carta del emperador a finales de octubre con la orden de esforzarse en procurar una paz o al menos un armisticio con Portugal<sup>32</sup>. Leopoldo I remarcó en su correo que una tregua entre Madrid y Lisboa podía ser altamente beneficiosa para el Imperio. Si el contencioso luso-hispano llegaba a su fin, la monarquía hispánica podría desviar los pertrechos militares de la frontera portuguesa a la turca. El matrimonio Pötting se puso en marcha tras haber recibido las órdenes de Leopoldo. Los dos cónyuges hicieron dos movimientos en solitario pero coordinados entre sí: Pötting visitó a sir Richard el 23 de noviembre<sup>33</sup>. Cuatro días después, la embajadora de Inglaterra visitó a la condesa con sus hijas<sup>34</sup> y dos días más tarde la condesa de Pötting restituyó la visita a Anne Fanshawe<sup>35</sup>. Entre enero y abril de 1666, el matrimonio Pötting estuvo muy ocupado negociando el enlace por poderes de la infanta con el emperador, que finalmente se celebró el 25 de abril con el duque de Medina de las Torres como representante de Leopoldo. Este negociado entretuvo al embajador y a su esposa, de ahí que en ese tiempo el conde de Pötting sólo visitara a Fanshawe esporádicamente<sup>36</sup>, aunque de manera muy provechosa: muy intensa fue la visita del 7 de diciembre, cuando Pötting anotó que, con sir Richard, había discurrido «largo sobre las cosas de Portugal»<sup>37</sup>. Maria Sophia se ocupó exclusivamente de los trámites de la boda de la emperatriz. Transcurrida la ceremonia de casamiento antes citada, ella y su marido volvieron sobre el tema portugués.

Sir Richard Fanshawe, que había pasado los meses de enero y febrero de 1666 en Lisboa tratando de negociar el asunto de las paces, había regresado a principios de marzo a Madrid. Durante la ausencia de

<sup>30</sup> Österreichisches Staatsarchiv, Haus-, Hof- und Staatsarchiv, Große Korrespondenz 35, p.30. 16 de junio de 1664.

<sup>31</sup> Nieto Nuño, 1990, p. 31.

<sup>32</sup> Pribram y Landwehr von Pragenau, 1903, p. 71.

<sup>33</sup> Österreichisches Staatsarchiv, Haus-, Hof- und Staatsarchiv, Große Korrespondenz, 35, p. 54.

<sup>34</sup> Nieto Nuño, 1990, p. 55.

<sup>35</sup> Nieto Nuño, 1990, p. 56.

<sup>36</sup> Nieto Nuño, 1990, pp. 81 y 82, pp. 110-111, p. 116 y p. 119.

<sup>37</sup> Nieto Nuño, 1990, p. 158.

Fanshawe, Carlos II de Inglaterra había enviado a un nuevo embajador a la corte madrileña: el soltero conde de Sandwich, el cual había llegado a su destino a finales de mayo, cuando los Pötting ya por fin «descansaban» después de haber casado a la infanta. Pötting se había apresurado entonces a dar la bienvenida al nuevo embajador extraordinario de Inglaterra<sup>38</sup>. La condesa de Pötting no le rindió paralela pleitesía, pues venía sin esposa; por el contrario no dejó de visitar a principios de junio a la que seguía siendo la embajadora ordinaria: la esposa de Fanshawe. Sir Richard falleció un mes después, enfermo de melancolía por su inesperado relevo en la embajada, y lady Fanshawe tuvo que despedirse del matrimonio Pötting. El embajador y Maria Sophia le regalaron el perro de la marquesa de Liche (un spaniel) como símbolo de la amistad mantenida<sup>39</sup>. A partir de ese momento la estrategia a seguir por el matrimonio Pötting en el asunto de Portugal fue la siguiente: Pötting, por un lado, trató el tema en sus audiencias con la reina doña Mariana, regente de la monarquía desde septiembre de 1665; y, por otro, mantuvo conversaciones en su casa con el barón de Lisola, embajador extraordinario del Imperio<sup>40</sup>. La condesa continuó con sus visitas a palacio, muy abundantes a lo largo del año 1667. Al ser una mujer la cabeza de la monarquía, Maria Sophia redobló su influencia en la corte. Las paces con Portugal se firmaron en el año 1668. Doña Mariana consideró que había que sellar una rotundísima paz perpetua. De esta decisión, no exenta de polémicas, la condesa Maria Sophia tuvo su parte de «culpa», como la tendría de muchos otros negociados de la embajada.



### 3. LAS OTRAS MUJERES DEL EMBAJADOR

Pero dejemos los «pecaminosos» secretos de la esposa del embajador y pasemos a comentar cómo debía relacionarse el perfecto embajador con otras mujeres que no fueran su consorte. Porque don Juan Antonio de Vera y don Cristóbal de Benavente y Benavides no sólo tenían algo que decir sobre las esposas de los embajadores, sino también sobre las mujeres en general. Para inquirir y penetrar secretos —opinaba don Juan Antonio— no debía culparse al embajador por utilizar todos los ojos y oídos de los que dispusiera a su alcance, aunque fueran éstos femeninos:

<sup>38</sup> Nieto Nuño, 1990, p. 212.

<sup>39</sup> Nieto Nuño, 1990, p. 195.

<sup>40</sup> Pribram y Landwehr von Pragenau, 1903, p. 225.

«antes cometería un error el que, demasiado severo, desdeñase estos buenos efectos, por su venida por mano de mujer», y continuaba: «pues por ellas se han penetrado y descubierto los más graves secretos, las más ocultas conjuraciones y los más impenetrables tratados»<sup>41</sup>.

Pötting no fue escrupuloso en este sentido y procuró sonsacar secretos a toda mujer que pudiera proporcionarle la información deseada. Con algunas sólo tuvo una relación esporádica, con otras más asidua y, con las menos, directamente se alió. Un ejemplo de fugaz contacto fue doña Ana Portocarrero, la joven marquesa de la Fuente. Doña Ana, que a pesar de su juventud era viuda del marqués del Espinardo, se había casado en segundas nupcias con el marqués de la Fuente, don Gaspar de Teves y Tello de Guzmán. El matrimonio del viejo marqués con la bella Ana despertó risas en Madrid («ejemplo de casados disparatados», escribió Pötting en noviembre del 1669<sup>42</sup>) y en el Imperio, donde los españoles que habitaban la corte de Viena dijeron al emperador que «si Fuente convida[ra] a todos los *interesados* [los amantes de la novia], habr[ía] que poner mesa para más de cien personas»<sup>43</sup>. El anciano don Gaspar arrastraba a sus espaldas una larga carrera diplomática: había sido embajador en Viena y París, y ahora disfrutaba de su retiro en Madrid con el puesto que todo embajador o virrey de la monarquía ansiaba tras largos años de servicio: el de consejero de Estado. Pötting le tenía gran cariño por haberle ayudado a conseguir la embajada de España<sup>44</sup>.

No sabemos si las intrigas de su joven esposa perturbaron la tranquilidad del avejentado marqués, pues contaban las lenguas más viperinas de Madrid que la marquesa de la Fuente era amante de don Juan<sup>45</sup> y, por si eso no fuera poco, se rumoreaba que la susodicha, a la altura de 1669, vendía secretos al embajador ordinario de Francia y al agente del príncipe de Condé, Juan Hérault, señor de Gouverville<sup>46</sup>. Comentaban los más chismosos que estos señores pagaban sus servicios con joyas y pren-

<sup>41</sup> Vera, *El enbaxador*, discurso segundo, fol. 103r.

<sup>42</sup> Nieto Nuño, 1993, p. 75.

<sup>43</sup> Maura, 1942, p. 141.

<sup>44</sup> Haus-, Hof- und Staatsarchiv, Spanien Varia Kt. 17.

<sup>45</sup> Don Juan José de Austria, hijo natural de Felipe IV. En la época se le llamaba don «Juan» y no don «Juan José» (nombre adoptado posteriormente para distinguirlo del hijo bastardo de Carlos V, también llamado don Juan de Austria).

<sup>46</sup> Georges d'Aubusson de la Feuillade, embajador ordinario de Francia en España entre junio de 1661 y julio de 1668. Fue sustituido por Pierre de Bonzy, obispo de Béziers, embajador ordinario en España entre diciembre de 1669 y mayo de 1671: Álvarez López, 2008, p. 88. Sobre los contactos de la marquesa de la Fuente con los embajadores franceses: Maura, 1942, p. 141.

das traídas de París<sup>47</sup>. Conservaba De la Fuente en su casa de Madrid los retratos de los reyes de Francia y no los de los emperadores, algo que disgustaba sobremanera a Pötting. Este detalle sugiere que el marqués apoyaba e incluso alentaba los «devaneos» políticos de su esposa, con la que es posible que formara una *Arbeitspaar* favorable a Luis XIV. Quizás las murmuraciones relativas a los «coqueteos» de la marquesa no fueran más que cortinas de humo tras las cuales se escondía un apoyo activo de ella y su esposo a la política pro-francesa.

El contacto de doña Ana con agentes galos comenzó mucho antes de que llegara el embajador francés Pierre Bonzy, obispo de Béziers, a la corte de Madrid en diciembre de 1669. El conde de Pötting visitó a Ana Portocarrero el año anterior, el 5 de julio de 1668. El propósito de esta visita tuvo que tener como principal objetivo sonsacar a la marquesa informaciones sobre los negociados del francés en España: «Visité a la marquesa de la Fuente, marquesa de Espinardo, famosa dama en todos los tiempos»<sup>48</sup>, escribió Pötting aquel día en su diario. El embajador de Francia en aquel entonces era Georges d'Aubusson de la Feuillade, arzobispo de Embrun; éste estaba preparando su vuelta a París y muy posiblemente se había relacionado de forma secreta con doña Ana, de manera que Pötting debió de considerar que ese mes de abril era el momento oportuno para abordar a la esposa del marqués de la Fuente y «obligarla» a revelar los secretos que supuestamente Georges d'Aubusson le había confesado. Aunque también es probable que Pötting quisiera averiguar algo sobre los movimientos de don Juan, el bastardo de Felipe IV que entonces libraba agria lucha de panfletos contra el valido de la reina, el padre Nithard<sup>49</sup>. Pötting no debió de sacar mucho de esa visita; seguramente doña Ana no quiso desembuchar ni los secretos «juanistas» ni los «galos», y menos delante de los retratos de los Luis XIV y su consorte María Teresa que pendían de las paredes de su casa.

La marquesa de la Fuente únicamente pisó la morada de Pötting una vez, acompañada de su madre. Doña Ana se acercó en aquella ocasión a la calle de la Luna para visitar a Maria Sophia a principios de 1669. Nada se sabe de lo que las tres mujeres hablaron. Por su parte, Pötting solo volvió a visitar a la marquesa una vez más, cuando ésta se quedó

<sup>47</sup> Maura, 1942, p. 141.

<sup>48</sup> Nieto Nuño, 1990, p. 394.

<sup>49</sup> Hermant, 2012.

viuda en 1672. Esta visita de pésame fue la última<sup>50</sup>. Si seguimos las interpretaciones de Maura –que da por ciertas las infidelidades de doña Ana–, la marquesa, por fin viuda, habría quedado libre para «flirtear» con jóvenes galanes y así seguir entregándose con devoción a los juegos del secreto a través de la seducción<sup>51</sup>. No es fácil certificar este mundano comportamiento que tan ligeramente se atribuye a Ana Portocarrero. Desconozco si, doblemente viuda, la marquesa triunfó con mancebos y eclesiásticos, pero de lo que no dudo es de que no tuvo éxito con el cristianamente casado conde de Pötting porque, tras aquella visita de cortesía por fallecimiento de don Gaspar, el embajador no quiso volver a ver a doña Ana.

¿Por qué el embajador del Imperio no quiso relacionarse más con esta mujer? ¿Acaso porque ya no estaba casada? Es posible que una de las causas por las que Pötting se acercó a doña Ana antes del fallecimiento de su marido fuera que ésta era esposa de ministro (nada más y nada menos que de un consejero de Estado). Probablemente, en este particular tema, Pötting siguió los dictámenes del conde de la Roca, el cual había afirmado en su obra *El embaxador* que el buen diplomático podía fiarse de las féminas, «y más si eran mujeres dependientes de ministros o privados»<sup>52</sup>. Al quedar viuda, quizás doña Ana ya no era tan «fiable», pues había dejado de servir a su marido y, por tanto, quedaba a la espera de servir a otros hombres con los que no tenía un compromiso de «fidelidad». Doña Ana, en sus tiempos de casada, como una buena esposa de ministro, no había revelado sus secretos a un supuesto enemigo de sus valedores. Seguramente el marqués de la Fuente, como el embajador imperial, había leído al pie de la letra el tratado del conde de la Roca y había aleccionado bien a su esposa.

Mayor provecho le proporcionaron a Pötting las visitas a la monja del convento de las Descalzas Reales sor Mariana de la Cruz, hija natural del cardenal-infante don Fernando. Con esta mujer, felizmente casada con Cristo, mantuvo Pötting una relación más fluida que con la «seductora», a la vez que reservada, marquesa de la Fuente. Cuando su agenda así se lo exigía, Pötting –y su mujer– acudían al real monasterio y no precisamente a rezar por las almas de sus difuntos o a confesar los muchos pecados que podían atormentarles, sino a cazar secretos; unos secre-

<sup>50</sup> Nieto Nuño, 1993, p. 361.

<sup>51</sup> Maura, 1942, p. 141.

<sup>52</sup> Vera, *El embaxador*, discurso segundo, fol. 103v.

tos previamente apresados por alguna de las poderosas religiosas que habitaban aquellos muros «franqueables» de las Descalzas, pues aquel monasterio más parecía prolongación del Real Alcázar que inquebrantable fortaleza conventual. A finales de junio de 1673, Pötting refiere una de sus visitas más rentables a la bastarda del malogrado hermano de Felipe IV:

Visité a sor Mariana de la Cruz en las Descalzas Reales, hija natural del señor Cardenal Infante, señora de singular comprensión y particular talento, participándome altísimas noticias del servicio del emperador mi señor, las cuales con la primera estafeta pondré en su soberana noticia, habiéndome la dicha señora dos días antes dado motivo para la dicha materia por un papel suyo, harto cuerdamente trazado<sup>53</sup>.

Sor Mariana había recibido una carta de fray Alonso Vázquez, confesor de María Teresa de Austria<sup>54</sup>, reina de Francia, en la que éste comunicaba a la religiosa que Luis XIV pretendía asesinar a Leopoldo I y hacerse con el Imperio<sup>55</sup>. El embajador imperial no perdió tiempo en escribir a su amo comunicándole la confesión de aquella espía vestida con tocas. Leopoldo, en carta fechada en 9 de agosto, ordenó a Pötting que siguiera regalando visitas a sor Mariana<sup>56</sup>. Desde los tiempos de la emperatriz María, viuda de Maximiliano II, las Descalzas habían servido con particular devoción a la causa imperial<sup>57</sup>. Sor Mariana era únicamente un eslabón más de esa cadena de religiosas con sangre Habsburgo que vendía gratuitamente sus secretos a todos los afectos al emperador.

Las Descalzas Reales eran una corte femenina paralela a la del Alcázar; Pötting lo sabía y por eso su comunicación con sor Mariana nunca decayó, pues incluso en periodo de adviento —cuando las monjas no podían hablar en el locutorio— el embajador llegó a escribir papeles «de importancia» a sor Mariana<sup>58</sup>. El 19 de enero de 1674, pocos días antes de finalizar su embajada en Madrid, Pötting escribió una carta al emperador relatando que había podido entrevistarse varias veces con la religiosa y

<sup>53</sup> Nieto Nuño, 1993, p. 359.

<sup>54</sup> Vilacoba Ramos, 2014, p. 529. Fray Alonso Vázquez acabó su carrera como obispo de Cádiz. Desde allí siguió comunicándose con sor Mariana de Austria y con la reina madre doña Mariana. Biblioteca Nacional de España, Mss. 1001, *Memoriales, representaciones, cartas y otros documentos a Carlos II y a Mariana de Austria, reina madre*, fol. 112.

<sup>55</sup> Pribram y Landwehr von Pragenau, 1903, p. 348.

<sup>56</sup> Pribram y Landwehr von Pragenau, 1903, p. 347.

<sup>57</sup> Sánchez, 2002.

<sup>58</sup> Nieto Nuño, 1993, p. 392.



que ésta le había comunicado confidencialmente que su informante en la corte de París había caído enfermo. En consecuencia, se había quedado sin noticias acerca del envenenamiento, pero le había asegurado a Pötting que intentaría por otros medios averiguar todo lo que pudiera en torno a aquel plan de regicidio. Incluyó sor Mariana en su conversación confidencial que la reina de Francia, María Teresa de Austria, le había escrito de puño y letra otro secreto: el embajador francés, el marqués de Villars, tenía como misión especial concertar el matrimonio entre Carlos II y María Luisa de Orleans, princesa cuyo retrato adjuntaba en su correo para que se lo enseñara al joven rey. Villars debía negociar en secreto este enlace con algunos ministros. Al final de su entrevista, el conde de Pötting no había olvidado preguntar a sor Mariana si continuaría aquellas confidencias con el nuevo embajador imperial, el conde de Harrach, a lo que la monja respondió que no, que prefería seguir siendo confidente de Pötting por correspondencia<sup>59</sup>.

Sor Mariana es la última mujer que aparece en las cartas que Pötting mandó a Leopoldo desde Madrid... Pero la fémina con la que Pötting más se relacionó durante su embajada madrileña fue doña Leonor de Velasco, una dama de la reina. En su tratado, don Juan Antonio de Vera no especificó si esas mujeres de las que el embajador podía servirse para acceder al secreto debían ser monjas, cortesanas, espías o damas. Al margen de la esposa del embajador, a la que citó en páginas posteriores de su manual, o de las reinas que ejercieron de mediadoras en tiempos de guerra, el conde de la Roca sólo se refirió a las «mujeres» en general y a su posible capacidad en relación con la custodia y revelación del secreto:

[...] y si los más notables negocios, también por notables caminos los alcanzan a saber antes que otros las mujeres, no debe el embajador desdeñarse de alcanzar por mano de cualquier mujer la noticia de un negocio tan bien como por la mano del más advertido cortesano y aún mejor; porque éstos podrán dar apariencias de verdad a cualquier discurso que finjan, aprovechándose como hombres de la noticia y estilo de semejantes casos, y aquéllas no, porque sólo la fuerza de la verdad en lo que vieron u oyeron les dará locución y estilo [...]<sup>60</sup>.

<sup>59</sup> Pribram y Landwehr von Pragenau, 1904, p. 384.

<sup>60</sup> Vera, *El enbaxador*, discurso segundo, fol.103v.

Es posible que, al leer este fragmento, Pötting pensara en una cortesana: la dama doña Leonor de Velasco, la cual, por su proceder, no parece ajustarse a ese inocente comportamiento que refería don Juan Antonio. Doña Leonor se comportaba más bien como «el más advertido cortesano», adalid del fingimiento al que tan elegantemente se refiere el conde de la Roca. No era Leonor una mujer cualquiera; es más, las damas de palacio no consentían que se les llamara simplemente «mujeres», por considerar ese femenino apelativo demasiado bajo para su estatus palaciego. Una anécdota protagonizada por la dama doña Francisca Mascareñas demuestra la animadversión de estas altivas damas de palacio por la palabra «mujer»<sup>61</sup>: cuenta el duque de Maura que un día los reyes estaban esperando a doña Francisca, y Felipe IV, muy impaciente, exclamó: «pero ¿no viene esa mujer?». La dama, que estaba en la sala de al lado, dijo en voz alta para ser oída: «¡Qué viejo está el rey que llama mujeres a las damas!»<sup>62</sup>.

«Egregia virago», así llegó a designar Pötting a su dama Leonor de Velasco<sup>63</sup>. Doña Leonor era por aquel entonces la dama con más antigüedad de palacio, lo que le daba un plus de experiencia. Con razón Pötting decía de ella en su diario que, «por ser dama» y «de edad»<sup>64</sup>, sabía mucho. Era además Leonor dama tocadora; su rango por tanto era superior al del resto de damas: se encargaba de ayudar a la reina en su vestido, aseo y peinado; podía «tocar» no sólo a la reina en el sentido de componer su atuendo, sino también en el del tacto. El poder establecer un contacto piel con piel con la soberana era un alto escalafón en la escalera del favor regio.

Los privilegios de doña Leonor como dama tocadora eran muchos. La proximidad física, realmente táctil, a la reina, ya de por sí podría haber sido único premio a una carrera en palacio; pero en el caso de Leonor no únicamente fue así, sino que además consiguió carruaje propio en la temprana fecha de 1650. Esta condescendencia de doña Mariana de Austria con doña Leonor tiene una explicación. Merece por tanto ser reseñada la biografía de esta dama hasta el momento en el que se encontró con Pötting en Madrid en 1663.

<sup>61</sup> Crespi de Valldaura Cardenal, 2013, p. 114.

<sup>62</sup> Crespi de Valldaura Cardenal, 2013, p. 114.

<sup>63</sup> Nieto Nuño, 1993, p. 108.

<sup>64</sup> Nieto Nuño, 1990, p. 420.

Doña Leonor de Velasco y la Cueva era la décima hija del VII conde de Siruela, Gabriel Velasco y de la Cueva, y de doña Victoria Pacheco y Colona. La carrera cortesana de Leonor comenzó en diciembre de 1629 cuando entró a servir en palacio como dama de la infanta María Ana, hermana de Felipe IV y futura esposa del emperador Fernando III. Leonor y su madre, doña Victoria Pacheco y Colona, formaron parte del séquito que acompañó a la infanta al Imperio en 1630. Ocupaba doña Victoria el puesto de camarera mayor de la emperatriz, de ahí que Leonor viviera en primera persona los problemas de protocolo que su madre sufrió en la corte imperial. Fríos y padecimientos acabaron con la vida de doña Victoria sólo ocho años después de llegar a Viena. A su hija Leonor, sin embargo, el destino le concedió más tiempo y la naturaleza más aguante para los avatares cortesanos. En 1646, al morir la emperatriz María, Leonor fue nombrada dama de la archiduquesa Mariana, hija de la fallecida y de Fernando III<sup>65</sup>. En el círculo más íntimo de doña Mariana, conocería Leonor al padre jesuita Nithard, confesor de la archiduquesa, y por el que experimentaría primero filias y luego fobias<sup>66</sup>. Con motivo de la boda de doña Mariana con su tío Felipe IV, Leonor y el resto de las mujeres españolas que habían servido a la malograda emperatriz María regresaron a Madrid. Durante el viaje de retorno a España, Leonor enfermó en un par de ocasiones<sup>67</sup>, pero sobrevivió. Su vuelta a la Villa y Corte después de veinte años en Viena debió de causarle cierto impacto. De Madrid había salido como menina de una infanta y entonces regresaba como dama de una reina. Su antigüedad y conocimientos del traje a la española le valieron el puesto de dama tocadora que empezó a ejercer enseguida, en 1649. Dos años después doña Leonor disfrutaba de coche particular además de los dos platos diarios del remanente de la mesa de la reina, que por su condición de tocadora le correspondían<sup>68</sup>. En 1663, cuando empezó a relacionarse con Pötting, era la dama con más años de servicio en palacio y estaba muy unida a la camarera mayor, doña Elvira Ponce de León, marquesa de Villanueva de la Balduenza, y no sólo por afinidades políticas (ambas servían a la causa imperial), sino por temas menos trascendentales pero que apelaban al sentimiento, pues doña Leonor estaba enamorada del bastardo del ya fallecido marido de la ca-

<sup>65</sup> Keller, 2005, p. 328.

<sup>66</sup> Pilo Gallisai, 2010, p. 181.

<sup>67</sup> Keller y Catalano, 2010, p. 287.

<sup>68</sup> Crespi de Valldaura, 2005, p. 112.

marera. Era don Fadrique de Toledo personaje de poco linaje para una dama de palacio que podía llegar a heredar el título de condesa de Siruela (como así ocurrió, ya casi al final de sus días). Por estas razones, Leonor nunca pudo cumplir su deseo de contraer nupcias con aquel hijo del pecado, vergüenza de la camarera mayor de la reina.

El primer encuentro entre Pötting y doña Leonor (reseñado en el diario de éste) data del 15 de octubre de 1664. El conde relató esta visita presentando a doña Leonor como «dama de Palacio», «muy valida de la reina»<sup>69</sup>. El conde y la dama se entrevistaron en el cuarto de la camarera mayor, es decir, en los aposentos privados de la reina, un espacio de gran carga simbólica pues el embajador del Imperio tenía el privilegio de poder entrar en los aposentos privados del rey cuando así lo deseara. En este caso, al ser la reina una Habsburgo, Pötting pudo acceder al prácticamente inaccesible cuarto de doña Elvira<sup>70</sup>. El embajador añadió en sus anotaciones que doña Leonor le había hecho un gran honor al darle el tratamiento de «excelencia», ya que las damas de palacio trataban a los embajadores únicamente de «vuestra señoría»<sup>71</sup>. Él, por su parte y para mostrarle su deferencia, le había devuelto el honorífico tratamiento. A lo largo de ese año y hasta mediados de 1665, el conde siguió visitando a doña Leonor, de la que llegó a decir que era dama «de gran entendimiento»<sup>72</sup>.

Felipe IV falleció el 15 de septiembre de 1665. Aquel funesto día, doña Leonor de Velasco tuvo que aprender a vestir a la reina de manera diferente a la acostumbrada: escondió el guardainfante, las pelucas y las joyas, y se afanó en colocar tocas y atusar monjiles, traje propio de las reinas viudas de España<sup>73</sup>. La dama tocadora era conocedora del futuro político que le esperaba, pues a partir de ese momento iba a vestir no a una reina consorte, sino a una regente de la monarquía, además de tutora y curadora del rey-niño Carlos II. Cumpliendo un riguroso luto, la encumbrada doña Mariana únicamente recibió a mujeres en los nueve días posteriores a la muerte de su esposo<sup>74</sup>. Pötting tuvo que esperar quince días para ser recibido en audiencia por la nueva regente. No es difícil imaginar cuál sería la siguiente persona a la que Pötting visitó en palacio

<sup>69</sup> Nieto Nuño, 1990, p. 60.

<sup>70</sup> Nieto Nuño, 1990, pp. 120 y 125.

<sup>71</sup> Nieto Nuño, 1990, p. 60.

<sup>72</sup> Nieto Nuño, 1990, p. 92.

<sup>73</sup> Van Wyhe, 2013.

<sup>74</sup> Llorente, 2011.

tras su primer encuentro con doña Mariana. En esa señera ocasión, dama y embajador hablaron sobre el recién estrenado gobierno<sup>75</sup>. Pötting pronto se dio cuenta de los beneficios que doña Leonor podía reportarle al quedarse inoperante la Casa del rey. En noviembre de ese año el embajador regaló a la dama un manguito de piel con el que seguramente quiso hipotecar sus secretos<sup>76</sup>, que debían de ser muchos porque apenas cuatro días después de que Pötting le hiciera aquel presente a su dama, el caballerizo mayor de la reina, el VI duque de Montalto, Luis Guillermo de Moncada, escribió al marqués de Castelrodrigo que el Alcázar se había convertido en una casa pública por «las malas costumbres y doctrina de doña Leonor de Velasco», y que pasaban «cosas horribles multiplicándose el deshonor»<sup>77</sup>; estas agrias críticas demuestran que la dama tenía mucho que decir y no poco que callar.

Efectivamente, los cambios en el gobierno estaban siendo muchos: doña Mariana asumió la regencia con una fuerza inusitada provocando bruscas mudanzas que generaron grandes polémicas. Para empezar, la soberana introdujo en la Junta de Gobierno y en el Consejo de Estado a su confesor, el padre jesuita Nithard, de origen austriaco. No conformándose con ello, lo naturalizó español y le otorgó el puesto de Inquisidor General. Las razones de tales ascensos no eran otras que meter a un hombre de confianza en las máximas instituciones gubernamentales y eclesiásticas para que, luego, en el confesionario, no tuviera que ser ella la que tuviera que «confesarse» a su confesor sino todo lo contrario. Nithard debería contarle «en confesión», guardando sacro secreto, todo lo visto y escuchado.

Las decisiones de la regente, entendidas en la Corte como drásticas, no gustaron a los Grandes pero tampoco a Pötting o a doña Leonor. En enero de 1666, el embajador fue a hablar con la dama del ascenso del jesuita haciendo «buena conmemoración de los disparates del reverendísimo padre Nithardt y de sus desmesuradas ambiciones»<sup>78</sup>. A los quince días volvieron a encontrarse para hablar «cosas notables de este gobierno y del padre confesor»<sup>79</sup>. Las críticas que ambos volcaban contra el confesor de la reina se focalizaban en el despropósito que suponía el que un

<sup>75</sup> Nieto Nuño, 1990, p. 139.

<sup>76</sup> Nieto Nuño, 1990, p. 151.

<sup>77</sup> Biblioteca Nacional de España, Mss. 13307. *Epistolario del cardenal Guillermo de Moncada, duque de Montalto*. Agradezco esta información a Rafaella Pilo.

<sup>78</sup> Nieto Nuño, 1990, p. 171.

<sup>79</sup> Nieto Nuño, 1990, p. 176.

padre jesuita — que había renunciado por su orden a todo poder terrenal— aceptara poderes de semejante altura, aunque, en realidad, lo que verdaderamente les molestaba era que Nithard no prestase sus servicios al grupo de poder imperial sino sólo a doña Mariana: el conde de Pötting pronto se percató de que el jesuita no le facilitaba el acceso a la reina, sino todo lo contrario; la causa era que doña Mariana quería gobernar a su manera y no depender de su hermano el emperador al que Pötting servía con ciega fidelidad. Por otro lado, parece que fue el jesuita el que frustró los planes de matrimonio de doña Leonor con su eterno amante don Fadrique. El Consejo de Estado determinó que la dama no debía casarse con hombre de tan bajo linaje materno. Doña Leonor atribuyó tal resultado a la influencia de aquel confesor de secretos que le había arrebatado su anterior valimiento con la reina<sup>80</sup>. Las malas lenguas de palacio aseguraron entonces que la dama vendió sus amores a don Juan<sup>81</sup>, el archienemigo del jesuita y de doña Mariana.

A mediados de 1666 trató doña Leonor de acercarse a Pötting al círculo del bastardo real. Conocedora de los encuentros acontecidos entre el embajador y don Juan, la dama intentó hacer «juanista» a Pötting haciéndole buenos regalos, como una reliquia engastada en una cadenilla. Doña Leonor le puso esta joya «harto estimada y rara» en el brazo izquierdo, el lado del corazón, para que siempre se acordara de ella<sup>82</sup>. La estrategia de la dama no fue muy efectiva, pues Pötting tuvo que obedecer al emperador cuando éste le ordenó que se cuidara del bastardo.

En 1668, doña Leonor participó en las intrigas políticas para desbancar a Nithard del confesionario real; la reina, según la dama, necesitaba otro «confesor de secretos», el dominico fray Juan de Madrid. La inquina hacia Nithard fue creciendo en el corazón de la Velasco. Pötting anotó en su diario el 7 de febrero de 1669 que Leonor estaba «hecha una víbora contra el teatino»<sup>83</sup>. Pronto sus exacerbados sentimientos encontrarían algo de calma, pues Nithard tuvo que salir de la corte presionado por todo el bando juanista el 25 de ese mes, rumbo a un dorado destierro: Roma<sup>84</sup>. El triunfo de don Juan sobre el jesuita envalentonó a Leonor, cuya balanza de secretos empezó a inclinarse hacia el lado del bastardo más

<sup>80</sup> Nieto Nuño, 1990, pp. 227-235.

<sup>81</sup> Maura, 1942, p. 291.

<sup>82</sup> Nieto Nuño, 1990, p. 215.

<sup>83</sup> Nieto Nuño, 1993, p. 15.

<sup>84</sup> Sobre la llegada de Nithard a Roma ver: Österreichische Nationalbibliothek, Cod. 5943, fol. 133.

que hacia el de Pötting<sup>85</sup>. Este desequilibrio en la transmisión de información, unida al enfado de la reina al creer percibir un atisbo de entusiasmo en su dama tocadora al contemplar ésta cómo se alejaba el carruaje del jesuita rumbo a tierras italianas, puso en alerta al emperador, que ordenó a Pötting que desconfiara de la dama o, al menos, que no la visitara tan a menudo<sup>86</sup>; a su juicio, una mujer a la que la reina no mostraba afecto y que servía al enemigo de su señora, poco podía hacer por favorecer la causa imperial. Pötting trató de tranquilizar a Leopoldo I asegurándole que su confianza con doña Leonor no era tanta como la que desde fuera parecía.

Es posible que, después de las advertencias del emperador, Pötting se tragara más de un secreto en presencia de la dama, a la que sin embargo no dejó de visitar. Calmados los ánimos, volvió el embajador a regalar elogios a la Velasco, pues en abril anotó que era la dama «más fina que se pueda creer»<sup>87</sup> ¿Había ironía en sus palabras o era ésta sincera loa? La fineza podía ser astucia y agudeza. Según Covarrubias: «Fineza significa algunas veces agudeza [...] y en términos cortesanos cierta galantería y hecho de hombre de valor y de honrado término»; Pötting utilizó probablemente el vocablo en la primera acepción relativa a la agudeza que, en esta entrada de Pötting, se podría traducir por disimulación; porque en el Siglo de Oro actuar con fineza era también disimular<sup>88</sup>. Lo más seguro es en aquella entrevista la «fina» doña Leonor le hubiera contado secretos que ella misma había averiguado sin despertar sospechas. De ser así, ¡qué lejos estaba la dama de aquellas mujeres que el conde de la Roca citaba en su obra, esas de las que el embajador debía servirse por «no saber [éstas] disimular» o «dar apariencia de verdad a sus discursos»<sup>89</sup>. ¿Habría don Juan Antonio de Vera desaprobado el fino proceder de doña Leonor? Lo desconozco, pero cierto es que Pötting apreciaba esta cortesana cualidad en la dama.

Las opiniones de Pötting sobre Leonor fueron variando a lo largo de 1670. Si en abril de 1669 estimaba su fineza, *ergo* astucia-disimulación, en apenas un mes (junio de 1670) anotó dos juicios contrapuestos sobre ella: el día 19 escribió que había hablado en el cuarto del rey con doña

<sup>85</sup> Pilo Gallisai, 2010, p. 181.

<sup>86</sup> Pribram y Landwehr von Pragenau, 1904, pp. 33-34.

<sup>87</sup> Nieto Nuño, 1993, p. 25.

<sup>88</sup> Díez Borque, 1990, p. 385.

<sup>89</sup> Vera, *El enbaxador*, fol. 103v.

Leonor de Velasco, «de todo punto estrafalaria, que no se debe respetar por poco favor de una dama de Palacio en España»<sup>90</sup>; a los pocos días anotó que había hablado con Leonor de Velasco, «mi dama»<sup>91</sup>. A partir de agosto de 1670 las referencias a doña Leonor en el diario de Pötting se reducen a su pretendido matrimonio con don Fadrique: el embajador escribió que la dama estaba «afanada y ciega» con aquella pretensión<sup>92</sup>; a lo largo de 1671, solo refirió las cosas relativas a este enlace que jamás se selló. Pötting y doña Leonor dejaron de verse en agosto de 1672. Las razones de la ruptura pudieron ser las obsesiones matrimoniales de la dama, que rayaban ya la locura, y el demasiado apego de la susodicha a don Juan. El regio bastardo se encontraba en Zaragoza como capitán y vicario general de la Corona de Aragón pero estaba tratando en todo momento de volver a Madrid, ayudado por la dama y sus secuaces<sup>93</sup>.

#### 4. LAS ESPÍAS DEL CONDE DE PÖTTING

Mujeres como Leonor de Velasco o sor Mariana de la Cruz bien podían ser llamadas espías, a pesar de que no tenían el aspecto de tales ni frecuentaban los espacios atribuidos normalmente al espionaje barroco. Demostrado queda que no era necesario salir de palacio o de la clausura para traficar con secretos. Las damas tenían prohibido abandonar el Alcázar<sup>94</sup>, al igual que las religiosas Habsburgo el convento de las Descalzas, pero, para estas mujeres, pasillos y corredores palaciegos o conventuales (lo mismo daba) semejaban calles malolientes o tabernas de mala muerte, lugares que encajaban mejor con el universo espacial del modelo de *la* y él espía que imperaba en la época.

Escribo *la* porque el vocablo «espía» era de género femenino en el español del XVII. Volvamos a Covarrubias y a su entrada para la palabra «espía», donde anota: «la espía va siguiendo al enemigo por todos los pasos que anda», y para el concepto de «espía doble», el autor de este famoso diccionario escribe: «es muy antiguo el usar de las espías». Femenino seguía siendo el término en el siglo XVIII, según se demuestra en la entrada correspondiente del *Diccionario de Autoridades*; por eso no

<sup>90</sup> Nieto Nuño, 1993, p. 122.

<sup>91</sup> Nieto Nuño, 1993, p. 124.

<sup>92</sup> Nieto Nuño, 1993, p. 135.

<sup>93</sup> Para saber qué fue de doña Leonor: Oliván, 2008.

<sup>94</sup> AGP (Archivo General de Palacio de Madrid), Sección Histórica, Caja 49, exp. 3. Citado por Crespi de Valldaura, 2010, p. 110.



debe sorprender que los Pötting utilizaran palabras femeninas y adjetivos declinados en femenino para describir a algunos de sus espías palatinos, como don Pedro Fernández del Campo, al que el embajador llamó «fina zorra»<sup>95</sup> por los muchos secretos que manejaba en las instituciones. Secretario del conde de Peñaranda, don Pedro Fernández del Campo había compatibilizado este cargo con el de secretario sustituto de don Blasco de Loyola en la secretaría del Consejo de Italia hasta que, a la muerte de éste último en octubre de 1669, fue nombrado para el puesto cúspide de la burocracia polisinodial: la secretaría del Despacho Universal<sup>96</sup>. Desde allí sirvió cuando le convino a su señor don Gaspar de Bracamonte y Guzmán (Peñaranda) y, cuando no, a sí mismo<sup>97</sup>; acudía con frecuencia el conde de Pötting a la Covachuela de palacio, donde don Pedro atesoraba sus secretos.

Si para Pötting don Pedro era «fina zorra», para su esposa Maria Sophia, don Diego Zapata era «zorra doblada»<sup>98</sup>. Muchos secretos debía de saber aquel don Diego que visitó más de una vez a esta embajadora del Imperio (que «zorra» le llamaba). La condesa de Pötting también hizo visitas a la esposa de Zapata, doña Juana Gonzaga, otra depositaria de los secretos de su marido don Diego. Para doña Juana sería Zapata su amado esposo, pero, para Maria Sophia, don Diego no era más que un espía doble. Don Diego Zapata, que tenía el puesto de oidor del Consejo de Italia, debía ser «todo oídos» en palacio. En este sentido, Zapata se ajustaba a la imagen icónica del espía que Cesare Ripa plasmó en su famosa *Iconología*: en esta obra, el espía esconde su rostro y se cubre el cuerpo con un largo manto adornado de lenguas, ojos y oídos; en su mano izquierda sostiene una linterna que le guía en sus andanzas nocturnas en pos del secreto<sup>99</sup>. Sus pies alados, como los de Mercurio, simbolizan su rapidez de movimientos. Un perro sabueso guía sus pasos olfateando el camino... el espía debía actuar como el can, oliendo el rastro dejado por aquellos a los que perseguía.

El conde de Pötting se sirvió de espías que bien podrían haber vestido como el espía ideal representado por Ripa. A este tipo de personajes se refiere igualmente Benavente y Benavides en sus *Advertencias para*

<sup>95</sup> Nieto Nuño, 1993, p. 161.

<sup>96</sup> Obra clásica sobre los secretarios: Escudero, 1976 y 1977; ver también López-Cordón Cortezo, 1996.

<sup>97</sup> Maura, 1942, p. 136.

<sup>98</sup> Nieto Nuño, 1993, pp. 120 y 208.

<sup>99</sup> Navarro Bonilla, 2004, pp. 31-32.

*reyes, príncipes y embaxadores*<sup>100</sup>. Don Cristóbal explicaba en el capítulo 20 de su tratado que el embajador tenía que cuidarse de los espías porque los avisos y noticia que pudieran dar los hombres ordinarios, sin puestos, «las más de las veces, o no [eran] ciertos, o [eran] de poco momento» y, como decía Cirio: «las espías no sab[ían] más, que lo que cualquier hombre bajo»<sup>101</sup>. Continuaba relatando Benavente y Benavides que estos espías solían venir de noche y por tanto no era seguro que entraran en casa; era el embajador el que debía salir para hablar en la rúa con aquel género de gente<sup>102</sup>. El conde de Pötting no salía de su hogar de la calle de la Luna para charlar con espías de capas de orejas, ojos y lenguas, sino que éstos entraban tranquilamente en su morada; eso sí, el embajador imperial siempre tuvo mucha precaución con las informaciones que éstos le transmitieron; además intentó que los espías le fueran previamente recomendados por hombres de su confianza, como el marqués de Mondéjar o el duque de Medina de las Torres. Fue el primero el que le puso en contacto con el marqués de Saint Aunais, un espía originario del Rosellón.

Pötting conoció a Saint Aunais en un sitio singular, en San Bernardino, a donde acudió una tarde a ganar el jubileo. Allí se topó con el cardenal Colona, con quien habló en la puerta del convento más de una hora; luego habló en el mismo lugar con el marqués de Mortara «y el conde de Sainct Osné [marqués de Saint Aunais]»<sup>103</sup>. El espía estaba en San Bernardino con el marqués de Mortara porque era agente suyo<sup>104</sup>. Pasaron algunos meses hasta que Pötting recibió en su casa al espía en agosto de 1666:

Visitome por primera vez el marqués de saint Auné, caballero de gran talento, francés, que de muchos años acá se retiró de su patria debajo de esta monarquía a la cual ha servido siempre con particular celo, tratele de excelencia<sup>105</sup> por haber tenido supremos puestos en la guerra, tanto en Francia *que* por acá. Participome algunas noticias confirmadas por un papel de grandísima importancia, las cuales puse en manos de la reina y las

<sup>100</sup> Benavente y Benavides, *Advertencias para reyes, príncipes y embaxadores*, p. 436.

<sup>101</sup> Benavente y Benavides, *Advertencias para reyes, príncipes y embaxadores*, p. 458.

<sup>102</sup> Benavente y Benavides, *Advertencias para reyes, príncipes y embaxadores*, p. 459.

<sup>103</sup> Nieto Nuño, 1990, p. 140. Pötting no pone bien el nombre de Saint Aunais y confunde su título de marqués con el de conde; luego corrigió su error en posteriores entradas de su diario.

<sup>104</sup> Francisco de Orozco, marqués de Ollas y de Mortara.

<sup>105</sup> Recordemos que Pötting también dio este tratamiento a doña Leonor.

envié al Emperador mi Señor. Plega a Dios que nos aprovechemos de ello como conviene<sup>106</sup>.

El espionaje de Saint Aunais se reveló sumamente útil para Pötting, que reseñó cómo el espía le participaba «noticias auténticas»<sup>107</sup>. El embajador se desplazaba para verse con Saint Aunais si así lo requería: «Fui-me a ver al marqués de Saint Auné en su posada. Hallele en la cama con la gotta»<sup>108</sup>. Que un embajador fuera a ver a un espía y éste le recibiera en la cama –por muchos problemas de salud que alegrara– era una muestra de confianza y deferencia por parte del segundo hacia el diplomático<sup>109</sup>.

Las noticias que Saint Aunais confería al embajador imperial eran inmediatamente transferidas al emperador<sup>110</sup>: tras una visita del espía a finales de octubre de 1666, Pötting escribió a Leopoldo I adjuntándole un papel que esa misma tarde le había dado Saint Aunais sobre las maquinaciones francesas de Hugues de Lionne. En esa carta, el embajador imperial alentó al emperador a que pagara bien los servicios del espía, pues la inversión sería bien aprovechada. El embajador de Francia había sobornado con éxito a ministros de Madrid y damas de la corte, y había obtenido muy buenos resultados; semejante proceder debía tener el emperador con Saint Aunais<sup>111</sup>. Doce días después Saint Aunais visitó de nuevo a Pötting acompañado del marqués de Mondéjar<sup>112</sup>, su «presentador» y valedor. Pötting devolvió la visita al espía al mes siguiente<sup>113</sup>. Tres jornadas más tarde, Pötting y el espía volvieron a entrevistarse<sup>114</sup> y, a finales de noviembre, Saint Aunais le participó «algunas noticias que había penetrado»<sup>115</sup>. El uno de diciembre el espía le fue a hablar a Pötting por «orden

<sup>106</sup> Nieto Nuño, 1990, p. 229.

<sup>107</sup> Nieto Nuño, 1990, p. 231.

<sup>108</sup> Nieto Nuño, 1990, p. 233.

<sup>109</sup> Recibir en la cama no siempre era muestra de poder y superioridad frente al invitado, en ocasiones era al contrario: el personaje que iba a ver a la persona que estaba en el lecho demostraba su alto rango al presentarse en los aposentos más íntimos del encamado. Véase al respecto el encuentro de Pötting y Grana con don Juan el 15 de marzo de 1668. Mariana de Austria obligó a don Juan a que recibiera al embajador imperial y al enviado del emperador en la cama. Nieto Nuño, 1990, pp. 364-365.

<sup>110</sup> Nieto Nuño, 1990, p. 234.

<sup>111</sup> Nieto Nuño, 1990, p. 239, nota 378.

<sup>112</sup> Nieto Nuño, 1990, p. 256.

<sup>113</sup> Nieto Nuño, 1990, p. 256.

<sup>114</sup> Nieto Nuño, 1990, p. 256.

<sup>115</sup> Nieto Nuño, 1990, p. 259.

del marqués de Mortara», comunicándole «ciertas noticias del servicio de su majestad cesárea»<sup>116</sup>. Todo parece indicar que el marqués de Mortara contaba a Saint Aunais los secretos relativos a la política imperial que se debatían en el Consejo de Estado<sup>117</sup>, y éste se los transmitía a Pötting cuando el propio Mortara no podía ir a ver personalmente al embajador. En este sentido, Saint Aunais ejercía de agente-espía del dicho marqués. El día veinte de diciembre, Saint Aunais volvió a visitar a Pötting. Lo comunicado esta vez debió ser de gran cuidado pues al día siguiente se citaron no en la casa del embajador, sino en San Felipe Neri, es decir, en las gradas del convento de monjes agustinos ubicado en la calle Mayor. Este espacio era un famoso mentidero frecuentado por los correveidiles y alcahuetes más reputados de la Villa<sup>118</sup>.

Pötting empezó el nuevo año de 1667 con una visita conjunta de Mortara y el espía «Santoné»<sup>119</sup>. Las visitas entre Pötting y Saint Aunais se continuaron asiduamente durante el año de 1667 y hasta la muerte del espía en el mes de mayo de 1668. Pötting le había ido a ver por última vez el 24 de abril y Saint Aunais murió el 19 de mayo; ese día Pötting escribió en su diario: «Muriose de repente sin alguna prevención el marqués de Saint Aunés, caballero de muchas partes militares, pero francés malcontento, tanto que basta»<sup>120</sup>. Estas palabras muestran a un no muy apenado conde, pues posiblemente Saint Aunais fuera un espía de aquellos de los que don Cristóbal de Benavente decía que el buen embajador debía de prevenirse. El duque de Maura cita en su obra las intrigas de Saint Aunais, al que acusa de ser un espía doble que vendía sus servicios indistintamente a franceses y españoles, y a dos acérrimos enemigos entre sí: don Juan y Nithard (y, por lo que se ha visto, también a Pötting, que mantenía relaciones inestables con ambos).

La repentina muerte de Aunais reseñada por el embajador en su diario fue, según los «nithardistas», un envenenamiento; o así al menos lo habría confesado el mismo marqués antes de fallecer en su posada, a la que lo habían llevado medio muerto. Contaron en la corte que el desgraciado espía había revelado en su agonía que José Malladas lo había envenenado con una jícara de chocolate por haberse negado a asesinar al pa-

<sup>116</sup> Nieto Nuño, 1990, pp. 259-260.

<sup>117</sup> Nieto Nuño, 1990, pp. 397 y 246.

<sup>118</sup> Nieto Nuño, 1990, p. 263.

<sup>119</sup> Nieto Nuño, 1990, p. 272.

<sup>120</sup> Nieto Nuño, 1990, p. 383.

dre Nithard<sup>121</sup>. Los partidarios del padre jesuita difundieron que don Juan estaba detrás no solamente del veneno de aquella aciaga taza de chocolate, sino también de la deshonesta proposición que Saint Aunais, en su lecho de muerte, habría rechazado<sup>122</sup>. ¿Murió Saint Aunais fiel al Imperio o a Francia? De ser cierta esta última confesión, el espía habría fallecido fiel a Nithard. ¿Pero... fiel a Pötting? Resulta difícil saberlo, pues también se desconoce cómo llegó Saint Aunais a relacionarse con el oscuro Mallas. El hijo de Saint Aunais visitó a Pötting en el mes de septiembre<sup>123</sup>, aunque no se sabe si el embajador se hizo cargo de alguna manera de aquel huérfano de su fallecido espía, «francés», después de todo.

Un poco más, aunque no mucho, le duró a Pötting otro espía: don Cristóbal Angelati, barón de Cratzenbach, alemán afincado en Madrid que había sido secretario de lenguas de don Luis de Haro<sup>124</sup> (valido de Felipe IV y uno de los hombres más importante del gobierno hasta su muerte en 1661). Durante esta etapa al servicio de Haro, Angelati había actuado como agente del príncipe de Condé y de Hugues de Lione. Tras el fallecimiento de don Luis, Cratzenbach había sido nombrado secretario del Consejo de Estado. Fue entonces cuando el embajador francés d'Embrun lo «contrató» por mil ducados al año<sup>125</sup>. De alto precio debían ser los secretos administrados por Angelati cuando el mismísimo Luis XIV ofrecía tales cifras por ellos<sup>126</sup>. Ciertamente debían valer mucho las informaciones del ex-secretario del último privado de Felipe IV, a las que se unieron las noticias relativas a la política exterior debatidas en el Consejo más secreto de la monarquía católica. En esta suprema institución, supo Angelati granjearse la amistad del duque de Medina de las Torres<sup>127</sup>, que le puso en contacto con el conde de Pötting. El embajador aceptó sus servicios como espía desde los inicios de su embajada<sup>128</sup>.

Muy pronto aparece Angelati en el diario, concretamente en enero de 1664, cuando le hizo una visita «antes de comer»<sup>129</sup>. Al principio todo

<sup>121</sup> Maura, 1942, p. 97.

<sup>122</sup> Österreichische Nationalbibliothek, Cod 5943. *Del verdadero estado de las cosas presentes del señor don Juan de Austria y del padre Nithard*, fol. 6.

<sup>123</sup> Nieto Nuño, 1990, p. 408.

<sup>124</sup> Williams, 2013, p. 122.

<sup>125</sup> Álvarez López, 2008, p. 101.

<sup>126</sup> Beinecke Library, University of Yale, Fondo Harrach, vol. 9, Carta de Luis XIV a su embajador en España.

<sup>127</sup> Nieto Nuño, 1990, p. 11, nota 16.

<sup>128</sup> Villaurrutia, 1905, p. 26.

<sup>129</sup> Nieto Nuño, 1990, p. 11.

fue bien; los secretos de Angelati le eran de provecho: «Don Christobal Angelati confirió conmigo materias de rillevo [de relevancia]»<sup>130</sup>, escribió Pötting en el mes de mayo. En 1665 sus encuentros fueron en aumento, aunque no fue hasta 1666 cuando éstos se hicieron más frecuentes: en febrero Angelati le dio «diferentes noticias públicas»<sup>131</sup>, noticias que se continuaron ese mes con informaciones sobre los secretos de don Blasco de Loyola, secretario del Despacho Universal: «Ha estado conmigo don Cristóbal Angelati, dándome noticias de parte de la Cobachuela sobre las prevenciones de la jornada [viaje de la infanta a Viena]»<sup>132</sup>; corría en esos tiempos el asunto del negociado del matrimonio de la infanta Margarita con Leopoldo, y a Pötting le faltaban ojos y oídos para saber todo lo relativo a la materia. Angelati cazaba secretos en la Covachuela, el cuarto palatino donde se guardaban los papeles de don Blasco (al que todos llamaban, por su afición a la bebida, «don Frasco») y de Medina de las Torres, que, aunque no estaba en la Junta de Gobierno de la regencia, permanecía en su puesto de consejero de Estado sacando secretos; de ahí que Pötting siguiera su relación con su agente Angelati: en junio de 1666 Pötting anotó en su diario: «Hablé largamente con Angelati sobre varias noticias que me dio de las materias presentes del gobierno»; seguramente el espía pasó al embajador algunas copias de consultas del Consejo de Estado facilitadas por Medina; la misma operación se repitió pocos días después: «Estuvo conmigo Angelati, trayéndome algunas noticias»<sup>133</sup>. Don Juan ocupó igualmente sus conversaciones: «Habló conmigo Angelati en unas materias tocantes a don Juan»<sup>134</sup>. En ese mes de julio, merodeaba el bastardo por la corte en busca de prebendas. Meses después Angelati trató de acercarse a Nithard, ya nombrado Inquisidor General; Pötting previno al espía «en buena ley de confianza» de semejante acercamiento<sup>135</sup>: era de noche cuando el embajador le hizo aquella prevención. Efectivamente, como apuntaba Cristóbal de Benavente en su tratado, los espías solían presentarse en horas nocturnas<sup>136</sup>. Los avisos de Pötting tuvieron su efecto porque al mes siguiente Angelati proporcionó al embajador

<sup>130</sup> Nieto Nuño, 1990, p. 34.

<sup>131</sup> Nieto Nuño, 1990, p. 176.

<sup>132</sup> Nieto Nuño, 1990, p. 176.

<sup>133</sup> Nieto Nuño, 1990, p. 212.

<sup>134</sup> Nieto Nuño, 1990, p. 224.

<sup>135</sup> Nieto Nuño, 1990, p. 245.

<sup>136</sup> Benavente, *Advertencias para reyes, principes y embaxadores*, p. 459.

un papel escrito por el marqués del Castrolodrigo en el que se explicaban las acciones de Nithard contrarias a los intereses del emperador<sup>137</sup>.

En 1667 las visitas vespertinas y nocturnas de Angelati al embajador prosiguieron<sup>138</sup>. El espía estaba vendiendo sus servicios al príncipe de Auersperg<sup>139</sup>, primer ministro de Leopoldo I y muy favorable a un acercamiento del Imperio a Francia, el cual se materializó con la firma de un tratado secreto de reparto de la monarquía hispánica entre Luis XIV y el Imperio en caso de que muriera Carlos II sin descendencia. Este secreto acuerdo se selló el 19 de enero de 1668. Se supone que Angelati estaba al corriente porque se entrevistó con Pötting al día siguiente de la firma de tal tratado<sup>140</sup>. A duras penas pudo el embajador ocultar a doña Mariana aquel convenio entre su hermano y su enemigo, el rey francés. A pesar del enfado de la reina con el embajador imperial por aquel tratado de reparto favorecido por Auersperg, Angelati siguió trabajando con aquel ministro, al que consideraba su verdadero señor. Leopoldo I vio con buenos ojos esta aquiescencia en la distancia entre el espía y su favorito. Pötting siguió por tanto sus relaciones con Angelati, del que escribió el 5 de septiembre de 1668 que era «buena espía de embajadores»<sup>141</sup>. ¿Quería decir que le servía bien o, al contrario, que le espiaba para luego vender sus secretos a mejores postores? Las dos opciones podrían ser válidas. El caso es que la última vez que Angelati y Pötting se vieron las caras fue el 5 de febrero de 1669<sup>142</sup>. Tres meses después, el embajador escribió al emperador desaconsejando que Angelati fuera nombrado agente imperial porque se hallaba «muy desacreditado» en Madrid, donde, aseguraba el embajador, lo consideraban el criado del odiado Auersperg<sup>143</sup>. El espía se enteró del desafecto que Pötting le profesaba y decidió romper su vínculo con él<sup>144</sup>. Auersperg cayó en desgracia en diciembre de ese año, al sospecharse que mantenía conversaciones secretas con Luis XIV. A pesar de la salida de la corte de Viena de Auersperg, Angelati le siguió fiel y se

<sup>137</sup> Nieto Nuño, 1990, p. 258, nota 420.

<sup>138</sup> Nieto Nuño, 1990, pp. 274 y 293.

<sup>139</sup> Nieto Nuño, 1990, p. 311.

<sup>140</sup> Nieto Nuño, 1990, p. 352.

<sup>141</sup> Nieto Nuño, 1990, p. 408.

<sup>142</sup> Nieto Nuño, 1990, p. 14.

<sup>143</sup> Nieto Nuño, 1990, p. 33.

<sup>144</sup> Nieto Nuño, 1990, p. 160, nota 200.

alió con Saponara (otro dependiente del caído), recién llegado a la Villa y Corte<sup>145</sup>.

El italiano Saponara había pasado por París, donde seguramente se había entrevistado con Gremonville (confidente de Auersperg), para luego pasar por Zaragoza y entrevistarse con don Juan<sup>146</sup>. Ya en Madrid, Saponara visitó a Pötting en el mes de mayo de 1670. Esperaba este espía que, por estar casado con una hija bastarda del duque de Alba<sup>147</sup>, el embajador imperial le iba a permitir seguir con su particular oficio de compraventa de secretos para el Imperio. Pötting no cedió ante lo que consideró un chantaje e informó puntualmente al emperador de que Saponara se vanagloriaba en la corte de gozar de la suprema aprobación imperial. El orgulloso espía no se limitaba a presumir, también actuaba: visitaba con frecuencia a su suegro el duque de Alba y escribía puntualmente a don Juan<sup>148</sup>. Angelati, con sus lazos ya rotos con Pötting, empezó a tener problemas con el marqués de Castelrodrigo en marzo y abril de 1671; de todo informó Pötting en sus cartas a Leopoldo con el fin de justificar su personal desprecio al espía<sup>149</sup>. Angelati desapareció de la vida del conde de Pötting para volver a aparecer en la de su sucesor en la embajada: el conde de Harrach. Como buen espía, Cratzenbach se vendió al siguiente representante de Leopoldo I<sup>150</sup>. No perdió el tiempo, pues se presentó en la casa del nuevo embajador cuatro días después de que éste llegara a Madrid, a finales de octubre de 1673. A Harrach le cayó en gracia el barón porque, en carta dirigida a Matilde Quiroga y fechada en agosto de 1674<sup>151</sup>, notificó que había nombrado a don Cristóbal Angelati administrador de las rentas dotales de Su Majestad Cesárea<sup>152</sup>.

Y, finalmente, bien merece algunas palabras el espía que con más celo y devoción sirvió al conde de Pötting a lo largo de toda su embajada: el padre dominico Carlos Isnardi. Si Pötting cita a Angelati 225 veces en su diario entre 1666 y 1669, a Isnardi lo cita en 280 ocasiones: de principio

<sup>145</sup> Nieto Nuño, 1993, pp. 98-99.

<sup>146</sup> Nieto Nuño, 1993, p. 98.

<sup>147</sup> Nieto Nuño, 1993, p. 115.

<sup>148</sup> Nieto Nuño, 1993, p. 115.

<sup>149</sup> Nieto Nuño, 1993, pp. 186 y 170.

<sup>150</sup> Mencik, 1913, p. 32.

<sup>151</sup> Matilde Quiroga era viuda de don Andrés de Andrade, administrador del fallecido archiduque Leopoldo. Haus-, Hof- und Staatsarchiv, Spanien Varia 30, 33.

<sup>152</sup> Haus-, Hof- und Staatsarchiv, Spanien Varia 30, 31. Fernando de Harrach a Matilde Quiroga, 24 de agosto de 1674.



a fin de la embajada; es más, la última visita de este dominico a Pötting aconteció el 18 de enero de 1674, y el diario de Pöttig termina el día 19. El padre Carlos y Pötting solían comer juntos<sup>153</sup>, ocasiones en las que el dominico aprovechaba para confesarle valiosos secretos; por eso anotaciones como estas son frecuentes en el diario: «Vino a hablarme el padre Isnardy, mostrándome unos documentos y aprobaciones de señalados servicios hechos a esta monarquía la cual pero [sin embargo], poco se los agradece»<sup>154</sup>.

Isnardi no hace acto de presencia en el diario de Harrach; quizás, como sor Mariana de la Cruz, prefirió no frecuentar al nuevo embajador y seguir correspondiéndose por carta con el que consideraba era su verdadero amo: el conde de Pötting. En Viena, los Pötting-Dietrichstein estaban en cierto modo enfrentados a los Lamberg-Harrach, y cada uno de estos clanes tenía su propio círculo de agentes, los cuales no solían cambiar con facilidad de señores<sup>155</sup>. Desconozco el paradero final de Carlos Isnardi; quizás regresó a Viena con la intención de pasar sus últimos años de vida en el monasterio de los padres dominicos de la ciudad imperial, o quizás se perdió en el laberinto cortesano de Madrid, ciertamente frecuentado por peligrosos «minotauros».

El marqués de Saint Aunais murió envenenado; el padre Carlos Isnardi desapareció un día cualquiera para no volver a aparecer en las fuentes; Angelati rompió bruscamente relaciones con el conde de Pötting y nada se conoce de su paradero final... Los espías, como espías que eran, llevaron vidas secretas y tuvieron muertes igualmente secretas; aunque algunos, como Saint Aunais, murieron públicamente, quitándose la máscara y confesando lo que eran: espías de manto cuajado de ojos, oídos y lenguas.

## 5. CONCLUSIÓN: AGENTES ERGO AMAZONAS

Creo que no yerro al llamar «amazonas» del secreto a la esposa del embajador, Maria Sophia Dietrichstein; a la monja de las Descalzas Reales, sor Mariana de la Cruz; a la esposa de un ministro, doña Ana Portocarrero; a la dama, doña Leonor de Velasco; ni tampoco al secretario del Despacho Universal, don Pedro Fernández del Campo; al oidor

<sup>153</sup> Nieto Nuño, 1993, p. 278.

<sup>154</sup> Nieto Nuño, 1993, p. 278.

<sup>155</sup> Agradezco a Petr Mat' a, doctor investigador de la universidad de Viena, esta información.

del Consejo de Castilla, don Diego Zapata; al espía francés, el marqués de Saint Aunais; al espía imperial, don Cristóbal de Cratzenbach (Angelati), y a su «amigo» Saponara; o al fiel espía del emperador, el padre dominico Carlos Isnardi. El mismísimo Pötting utilizó la palabra «amazona» para referirse a una embajadora, la de Dinamarca. Cuando ésta fue a visitar a su esposa Maria Sophia, el embajador anotó en su famoso diario: «La embajadora de Dinamarca visitó a la condesa, parece una amazona»<sup>156</sup>. Guardiania y cazadora de secretos en su propia embajada, esta amazona danesa rindió pleitesía a otra «amazona» del secreto, la esposa del conde de Pötting.

Maria Sophia, sin lugar a dudas, fue su mejor «amazona» del secreto, pues el embajador la citó más de dos mil veces en sus anotaciones personales; a ella le siguieron las demás, igualmente «amazonas» de la embajada por su valentía, caza y vigilancia de los grandes secretos que Pötting, según Juan Antonio de Vera y Cristóbal de Benavente, debía esmerarse en guardar.

#### BIBLIOGRAFÍA

- Álvarez López, Ana, *La fabricación de un imaginario: los embajadores de Luis XIV y España*, Madrid, Cátedra, 2008.
- Bély, Lucien, Bertrand Haan y Stéphane Jettot, *La Paix des Pyrénées (1659) ou le triomphe de la raison politique*, Paris, Classiques Garnier, 2015.
- Benavente y Benavides, Cristóbal de, *Advertencias para reyes, principes y embaxadores*, Madrid, Franco Martinez, 1643.
- Covarrubias, Sebastián de, *Tesoro de la lengua castellana*, Madrid, Luis Sánchez, 1611.
- Crespí de Valldaura Cardenal, Diego, *Nobleza y corte en la regencia de Mariana de Austria*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 2013.
- Díez Borque, José, *La vida española en el siglo de Oro según los extranjeros*, Barcelona, Ediciones del Serbal, 1990.
- Escudero, José Antonio, *Los secretarios de Estado y del Despacho*, Madrid, Instituto de Estudios Administrativos, 1976-1977, 2 vols.
- Hermant, Héloïse, *Guerres de plumes. Publicité et cultures politiques dans l'Espagne du XVIIIe siècle*, Madrid, Casa de Velázquez, 2012.
- Keller, Katrin, *Hofdamen. Amtsträgerinnen im Wiener Hofstaat des 17. Jahrhunderts*, Viena, Böhlau, 2005.
- Keller, Katrin, y Alessandro Catalano (eds.), *Die Diarien und Tagzettel des Kardinals Ernst Adalbert von Harrach (1598-1667)*, Wien, Böhlau, 2010.
- Llorente, Mercedes, «[Imagen y autoridad en una regencia: los retratos de Mariana de Austria y los límites del poder](#)», *Studia Historica. Historia Moderna*, 28, 2011, pp. 211-238.
- López-Cordón Cortezo, María Victoria, «[Secretarios y secretarías en la Edad Moderna: de las manos del príncipe a los relojeros de la monarquía](#)», *Studia Historica. Historia Moderna*, 15, 1996, pp. 107-133.

<sup>156</sup> Nieto Nuño, 1993, p. 276.

## AMAZONAS DEL SECRETO

- Martínez González, Antonio, «[La Gramática Alemana y Española \(1634\) de Juan Ángel de Zumarrán](#)», en *Actas del XXXVII Simposio Internacional de la Sociedad Española de Lingüística*, eds. Inés Olza Moreno, Manuel Casado Velarde y Ramón González Ruiz, Pamplona, Universidad de Navarra, 2008, pp. 549-560.
- Maura, Gabriel, *Vida y reinado de Carlos II*, Madrid, Aguilar, 1942.
- Menčík, Ferdinand, *Tagebuch über den Aufenthalt in Spanien in den Jahren 1673-1674*, Viena, Gerold & Co., 1913.
- Messner, Dieter, *Los manuales de español impresos en Viena en el siglo XVII, edición facsímil y comentarios*, Salzburg, Biblioteca Hispano-Lusa, 2000.
- Moser, Charles, *L'ambassadrice et ses droits*, Berlin, Etienne de Bourdeaux, 1754.
- Navarro Bonilla, Diego, *Los archivos del espionaje: información, razón de Estado y servicios de inteligencia en la Monarquía Hispánica*, Salamanca, Cajaduro, 2004.
- Nieto Nuño, Miguel, *Fondos hispánicos de la Biblioteca Nacional de Viena*, Madrid, Universidad Complutense, tesis de doctorado inédita, 1989.
- Nieto Nuño, Miguel (ed.), *Diario del conde de Pötting, embajador del Sacro Imperio en Madrid*, Madrid, Escuela Diplomática, 2 vols., 1990 y 1993.
- Oliván Santaliestra, Laura, «La dama, el aya y la camarera. Perfiles políticos de tres mujeres de la Casa de Mariana de Austria», en *Las relaciones discretas de la monarquía hispánica y portuguesa: la Casa de las reinas (siglos XV-XIX)*, eds. José Martínez Millán y María Paula Marçal Lourenço, Madrid, Polifemo, 2008, vol. 2, pp. 1301-1356.
- Oliván Santaliestra, Laura, «Lady Anne Fanshawe, Ambassadress of England at the Court of Madrid (1664-1666)», en *Women, Diplomacy and International Politics since 1500*, eds. Glenda Sluga y Carolyn James, London, Routledge, 2015, pp. 65-86.
- Pilo Gallisai, Rafaella, *Juan Everardo Nithard y sus «Causas no causas»: razones y pretextos para el fin de un valimiento*, Madrid/Córdoba, Sílex/Cajasur, 2010.
- Pineda, Victoria, «[La elocuencia del embajador: don Juan Antonio de Vera y Zúñiga y las Orationi militari de Remigio Nannino](#)», *Studia Aurea. Revista de Literatura Española y Teoría Literaria del Renacimiento y Siglo de Oro*, 9, 2015, pp. 483-530.
- Pribram, Alfred Francis, y Moritz Landwehr von Pragenau, eds., *Privatbriefe Kaiser Leopold I. an den Grafen F. E. Pötting 1662-1673*, Wien, Carl Gerold Sohn, 2 vols., 1903-1904.
- Quintero, Jacinto, [Panegíricos sagrados para festividades varias de los santos](#), Madrid, Gregorio Rodríguez, 1652.
- Sánchez, Magdalena, *The Empress, the Queen and the Nun: Women and Power at the Court of Philipe III of Spain*, Baltimore, John Hopkins University, 2002.
- Sommer-Mathis, Andrea, «Salvar distancias entre Madrid y Viena: los embajadores de familia como agentes político-culturales», en *Felix Austria. Lazos familiares, cultura política y mecenazgo artístico entre las cortes de los Habsburgo*, ed. Bernardo J. García García, Madrid, Fundación Carlos de Amberes, 2016, pp. 223-244.
- Van Wyhe, Cordula, «The Making and Meaning of the Monastic Habit at Spanish Habsburg Courts», en *Early Modern Habsburg Women: Transnational Context, Cultural Conflicts and Dynastic Continuities*, eds. Anne J. Cruz y María Galli Stampino, Farnham, Ashgate, 2013, pp. 243-275.
- Vera y Figueroa, Juan Antonio de, [El enbaxador](#), Sevilla, Francisco de Lyra, 1620.
- Viceconte, Filomena, *Il duca de Medina de las Torres (1600-1668) tra Napoli e Madrid: mecenatismo artistico e decadenza della monarchia / El duque de Medina de las Torres (1600-1668) entre Nápoles y Madrid: mecenazgo artístico y decadencia de la monarquía*, Barcelona, Universidad de Barcelona, tesis doctoral inédita, 2013.
- Vilacoba Ramos, Karen María, *El monasterio de las Descalzas Reales y sus confesores en la Edad Moderna*, Madrid, Visión net, 2014.
- Villaurrutia, marqués de, [Relaciones entre España y Austria durante el reinado de la emperatriz Margarita](#), Madrid, Imprenta de Ricardo Fe, 1905.
- Williams, Lynn, «[Jornada de don Luis de Haro a Extremadura](#)», *Manuscripts*, 31, 2013, pp. 115-136.

LAURA OLIVÁN SANTALIESTRA

Wunder, Heide, *Er ist die Sonn', sie ist der Mond. Frauen in der Frühen Neuzeit*, München, C.H. Beck, 1992.

Zumarán, Ángel de, *Grammatica y pronunciacion alemana y española. Española y alemana. Compuesta en beneficio de estas dos naciones, que quieren aprender una destas lenguas*, Viena, Miguel Riccio, 1634.